

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

Ciclo B - (2015)

- [Textos Litúrgicos](#)
- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)

- [Exégesis](#)
- [José María Solé - Roma, C.M.F.](#)

- [Comentario Teológico](#)
- [P. Rolando Santoianni, I.V.E.](#)

- [Santos Padres](#)
- [San Bernardo](#)

- [Aplicación](#)
- [P. Alfredo Sáenz, S. J.](#)
- [P. Gustavo Pascual, I.V.E.](#)

Textos Litúrgicos

Lecturas de la Santa Misa

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

(Jueves 1 de enero de 2015)

LECTURAS

Invocarán mi Nombre sobre los israelitas, y Yo los bendeciré

Lectura del libro de los Números 6, 22-27

El Señor dijo a Moisés:

«Habla en estos términos a Aarón y a sus hijos: Así bendecirán a los israelitas. Ustedes les dirán: "Que el Señor te bendiga y te proteja.

Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia.

Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz". Que ellos invoquen mi Nombre sobre los israelitas, y Yo los bendeciré».

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL 66, 2-3. 5-6. 8

R. ¡El Señor tenga piedad y nos bendiga!

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
haga brillar su rostro sobre nosotros,
para que en la tierra se reconozca su dominio,
y su victoria entre las naciones. **R.**

Que canten de alegría las naciones,
porque gobiernas a los pueblos con justicia
y guías a las naciones de la tierra.
El Señor tenga piedad y nos bendiga. **R.**

¡Que los pueblos te den gracias, Señor,
que todos los pueblos te den gracias!
Que Dios nos bendiga,
y lo teman todos los confines de la tierra. **R.**

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer

**Lectura de la carta del Apóstol san Pablo
a los cristianos de Galacia 4, 4-7**

Hermanos:

Cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos.
Y la prueba de que ustedes son hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: ¡Abbá!, es decir, ¡Padre! Así, ya no eres más esclavo, sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios.

Palabra de Dios.

ALELUIA Cf. Heb. 1, 1-2

Aleluia.
Después de haber hablado a nuestros padres
por medio de los Profetas,
en este tiempo final,
Dios nos habló por medio de su Hijo.
Aleluia.

*Encontraron a María, a José y al recién nacido.
Ocho días después se le puso el nombre de Jesús*

**Evangelio de nuestro Señor Jesucristo
según san Lucas 2, 16-21**

Los pastores fueron rápidamente adonde les había dicho el Ángel del Señor, y encontraron a María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que habían oído decir sobre este niño, y todos los que los escuchaban quedaron admirados de lo que decían los pastores.
Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón. Y los pastores volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al anuncio que habían recibido.
Ocho días después, llegó el tiempo de circuncidar al niño y se le puso el nombre de Jesús, nombre que le había sido dado por el Ángel antes de su concepción.

Guión para la Santa Misa

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

Entrada:

Hoy la Iglesia celebra la Maternidad Virginal de María Santísima. Cristo es Dios y por eso su madre se llama y es verdaderamente la Madre de Dios. Participemos activamente de este Santo Sacrificio de la Misa para honrar como es debido a Jesucristo y a su Madre.

LITURGIA DE LA PALABRA

1° Lectura: Num. 6,22-27

Los israelitas invocando el nombre del Señor, bendecían al pueblo.

2° Lectura: Gálatas 4,4-7

En la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una Mujer para redimir al hombre.

Evangelio: Lc. 2, 16-21

Los pastores juntamente con María Sma y San José adoraban al Niño-Dios recostado en el pesebre.

Preces:

Hermanos, oremos a Dios Padre que ha enviado a su Hijo muy amado, nacido de una Mujer, para redimirnos.

A cada intención respondemos...

-Por el Santo Padre, Francisco, los obispos, sacerdotes y diáconos, para que en el ejercicio de sus ministerios pastorales, resplandezca el amor de Dios, que busca la unidad de todos los creyentes. Oremos...

-Por la re-evangelización de los pueblos, y por los cristianos perseguidos, para que perseveren arraigados en la fe, confesando a Cristo verdadero Dios y verdadero Hombre. Oremos....

-En la jornada mundial por la paz, pidamos éste don, juntamente con la concordia para las naciones que sufren la guerra y para que se acreciente en todo creyente el deseo de ser instrumentos de paz. Oremos....

-Por las familias de nuestra Patria, para que por la maternidad de María Santísima, respeten la dignidad de la vida humana, como colaboradores en la obra de la creación. Oremos....

-Por todos nosotros, jubilosos por el nacimiento del Niño Dios, y habiendo conocido el amor del Dios, para que sintamos la urgencia de anunciar el Evangelio a la gran familia humana. Oremos...

Padre Santo, acepta benigno las necesidades que te presentamos confiando en la intercesión de María Santísima. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Unimos a éstos dones el deseo de ser "transformados en ofrendas permanentes" y presentamos:

-Un ramo de **flores** a la Madre de Dios y Madre nuestra juntamente con todo nuestro amor filial.

- **Pan y Vino**, para el Santo Sacrificio del altar.

Comunión:

Recibamos al Señor sacramentado, *Príncipe de la paz*, y pidámosle la gracia de ser en nuestro ámbito de apostolado instrumentos de paz.

Salida:

Que María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra nos conceda la gracia de imitar su entrega incondicional al plan divino, para alabanza del Señor.

Entrada:

Hoy la Iglesia celebra la Maternidad Virginal de María Santísima. Cristo es Dios y por eso su madre se llama y es verdaderamente la Madre de Dios. Participemos activamente de este Santo Sacrificio de la Misa para honrar como es debido a Jesucristo y a su Madre.

LITURGIA DE LA PALABRA

1° Lectura: Num. 6,22-27

Los israelitas invocando el nombre del Señor, bendecían al pueblo.

2° Lectura: Gálatas 4,4-7

En la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una Mujer para redimir al hombre.

Evangelio: Lc. 2, 16-21

Los pastores juntamente con María Sma y San José adoraban al Niño-Dios recostado en el pesebre.

Preces:

Hermanos, oremos a Dios Padre que ha enviado a su Hijo muy amado, nacido de una Mujer, para redimirnos.

A cada intención respondemos....

-Por el Santo Padre, Francisco, los obispos, sacerdotes y diáconos, para que en el ejercicio de sus ministerios pastorales, resplandezca el amor de Dios, que busca la unidad de todos los creyentes. Oremos....

-Por la re-evangelización de los pueblos, y por los cristianos perseguidos, para que perseveren arraigados en la fe, confesando a Cristo verdadero Dios y verdadero Hombre. Oremos....

-En la jornada mundial por la paz, pidamos éste don, juntamente con la concordia para las naciones que sufren la guerra y para que se acreciente en todo creyente el deseo de ser instrumentos de paz. Oremos....

-Por las familias de nuestra Patria, para que por la maternidad de María Santísima, respeten la dignidad de la vida humana, como colaboradores en la obra de la creación. Oremos....

-Por todos nosotros, jubilosos por el nacimiento del Niño Dios, y habiendo conocido el amor del Dios, para que sintamos la urgencia de anunciar el Evangelio a la gran familia humana. Oremos...

Padre Santo, acepta benigno las necesidades que te presentamos confiando en la intercesión de María Santísima. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Unimos a éstos dones el deseo de ser “transformados en ofrendas permanentes” y presentamos:

-Un ramo de **flores** a la Madre de Dios y Madre nuestra juntamente con todo nuestro amor filial.

- **Pan y Vino**, para el Santo Sacrificio del altar.

Comunión:

Recibamos al Señor sacramentado, *Príncipe de la paz*, y pidámosle la gracia de ser en nuestro ámbito de apostolado instrumentos de paz.

Salida:

Que María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra nos conceda la gracia de imitar su entrega incondicional al plan divino, para alabanza del Señor.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

[Volver Arriba](#)

Exégesis

José María Solé - Roma, C.M.F.

NÚMEROS 6, 22-27:

La Liturgia inicia el primer día del año, Octava de la Navidad, con esta solemne bendición, con la que el Pontífice de Israel despedía al pueblo congregado para el sacrificio vespertino. El Sirácida (Eccló 50, 20) nos lo narra del Sumo Sacerdote Simón: «Al terminarse el servicio del Señor (Simón), bajaba y elevaba sus manos sobre toda la asamblea de los hijos de Israel, para dar con sus labios la bendición del Señor y tener el honor de pronunciar su Nombre. Y todos se postraban para recibir la bendición del Altísimo».

— Pedir que brille sobre nosotros la luz del rostro de Dios es pedir su amor y benevolencia: « ¡Alza sobre nosotros la luz de tu Rostro!» (Sal 5, 7). «Haz que alumbre a tu, siervo tu Rostro. ¡Sálvame por tu amor!» (Sal 31, 17).

La Iglesia ahora nos da esta bendición en nombre de Jesús-Salvador. Y nos exhorta a comenzar, impetrandolo su bendición, todas nuestras obras.

— Jesús nos dejó su bendición como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza al ofrecer su Sacrificio: «La paz os dejo. Mi paz os doy» (Jn 14, 27).

Singularmente aluden a este pasaje de Números aquellas palabras de nuestro Pontífice Jesús, que se despide de nosotros; y nos da su bendición Sacerdotal en Nombre del Padre y en el Nombre suyo de Hijo: «Padre Santo: tuyos eran y me los diste. Todas mis cosas tuyas son y las tuyas mías. Y Yo ya no estaré en el mundo, mientras ellos quedan en el mundo; Yo voy a Ti. Padre, guárdalos en tu Nombre, el que Tú me has dado; a fin de que sean Uno como Nosotros» (Jn 17, 6. 11). Bendecidos en el nombre divino de Jesús tendremos la paz.

— Que así sea en este nuevo año «cristiano» que comenzamos: «Que invoquen mi Nombre sobre los hijos de Israel y Yo les bendeciré» (Nm 6, 27). EPÍSTOLA Gál. 4, 4-7:

La Epístola nos da uno de los mejores fundamentos bíblicos de la Maternidad espiritual y universal de María:

— Cristo, Hijo de Dios, nace súbdito de la Ley, inserto en la Historia de la Salvación (solidaridad con los judíos), nace de Mujer (solidaridad con toda la raza humana). Se sujeta a la Ley para «liberarnos». Se hace Hijo de Mujer para darnos la filiación divina. «Ved cuán grande caridad nos ha otorgado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos!» (1 Jn 3, 1). Tan cierto es que participamos con toda propiedad la filiación del Hijo, que San Pablo nos anima a vivir en plena intimidad filial con el Padre: «Y por cuanto sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba! ¡Padre! De manera que no eres ya esclavo, sino hijo. Y si hijo, también heredero por gracia de Dios» (Gál 4, 6).

La Mujer de quien es Hijo este Hermano nuestro es también Madre nuestra. Si somos hijos de Dios en Cristo, somos a la vez hijos de María en Cristo. Orígenes nos lo dice en unas palabras muy expresivas: «No teniendo María otro hijo que Jesús, cuando el Maestro dice: «He ahí a tu hijo» y no dice 'Este es también tu

hijo', es como si dijese: he ahí el Jesús que has engendrado; porque todo perfecto cristiano no vive ya su vida natural, sino que Cristo vive en él. Y porque Cristo vive en él se dice de él a María: «Este es tu Hilo, Cristo» (P. G. 14, 31). Si vivimos de Cristo y en Cristo, con pleno derecho llamamos a Dios «Padre» y a María «Madre». Si la Eucaristía nos forma y transforma más en Cristo debe desarrollar nuestra piedad con María: la vivencia de los sentimientos filiales de Jesús con su Madre Cristo que en lo es también nuestra.

EVANGELIO, Lc 2, 16-21:

En la narración evangélica notemos:

— Los pastores de Belén adoran al Mesías. Son las «primicias» de los infinitos adoradores. La humildad, la sencillez, la pobreza, la austeridad, disposiciones que preparan el corazón a la fe. Ellos no se escandalizan por la pobreza del Mesías pobre.

— El v 19 es una fina indicación. María oye atenta cuanto dicen los pastores y capta atenta todos los signos y acontecimientos. El Corazón de la Madre es el mejor archivo y la mejor biblioteca de los recuerdos y de los misterios del Hijo. Lucas ha bebido en buena fuente. Los devotos de la Virgen crecen en el conocimiento y amor de Cristo. ¡Y cuánto nos revelará María en el cielo!

— Por la circuncisión, Jesús, hijo de Abraham, se solidariza con una raza pecadora (v. 21). Es entonces cuando se le impone el nombre de Jesús revelado por el cielo a María y a José. Jesús = Dios Salva, va a tener el sentido más pleno. Aquel que San Pablo sintetiza en esta tremenda expresión: «Dios a Aquel que no conoció el pecado, por nosotros le hizo pecado, a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El» (2 Cor 5, 21). Nos salva de nuestros pecados porque los carga todos sobre Sí para expiarlos todos. Y partícipes de su vida (gracia), quedamos plenamente justificados, santificados y salvados: «Gozosos, Señor, hemos recibido los celestes sacramentos; concédenos que nos aprovechen para la vida eterna a quienes nos gloriamos de proclamar a la siempre Virgen María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia» (Postc.).

JOSÉ M^º SOLÉ ROMA C.M.F., *Ministros de la Palabra, ciclo A*, Herder Barcelona 1979, 54-56

[Volver Arriba](#)

Comentario Teológico

Gr P. Rolando Santoianni, I.V.E.

La maternidad divina y la maternidad espiritual de María

Introducción: Primer principio fundamental de la Mariología

La maternidad divina de María, considerada integralmente en sí misma, constituye el primer principio básico y fundamental de toda la Mariología.

Las razones son:

A. Es una verdad expresamente revelada por Dios en la Sagrada Escritura y expresamente definida por la Iglesia.

La Sagrada Escritura expresa en diversos pasajes que María es la Madre de Jesús:

“María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo” (Mt 1,16).

“Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre...” (Jn 19,25).

“Todos éstos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús...” (Hch 1,14).

La Iglesia ha definido solemnemente como verdad de fe la maternidad divina de María en el Concilio Euménico III de Éfeso en el 431: “Si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel, y que por eso la santa Virgen es Madre de Dios (pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne), sea anatema” (Dz 113).

B. Expresa una sola verdad absoluta

La maternidad divina, como verdad única y absoluta, es necesario considerarla integralmente, es decir con todo lo que significa intrínseca y esencialmente desde cualquier punto de vista la realidad de que María es Madre de Dios.

Por otro lado toda pretendida composición, a pesar de presentarse en vinculación con la maternidad mariana, atentan contra la claridad del carácter absoluto que debe guardar un Primer Principio.

C. Constituye el último fundamento y la base objetiva de todas las demás verdades mariológicas

“La maternidad divina es la base de la relación de María con Cristo; de aquí que es la base de su relación con la obra de Cristo, con el Cristo total, con toda la Teología y el cristianismo; es, por lo tanto, el principio fundamental de toda la Mariología” (Cyril Vollert).

De esto se desprenden todas las otras verdades mariológicas, desde su predestinación hasta su gloriosa asunción a los cielos y todos los atributos y privilegios excepcionales concedidos a María. Todo le fue concedido en atención a la divina maternidad, sea porque había de ser la Madre del verbo Encarnado, sea porque ya lo era.

1. La maternidad divina

Como se vio al exponer el principio primario y fundamental de toda la Mariología, la maternidad divina está en el centro ontológico de la existencia de María. Todos los dones, gracias y privilegios excepcionales de que gozó la Virgen, fueron a ella otorgados en atención al hecho de que ella estaba predestinada desde toda la eternidad a ser la Madre de Dios.

1.1. Fundamento escriturístico

La Santísima Virgen María es propia, real y verdaderamente Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al Verbo de Dios encarnado.

En la Sagrada Escritura no se usa explícitamente la fórmula María, Madre de Dios, pero se deduce con certeza y evidencia de dos verdades contenidas en la Revelación: que María es la Madre de Jesús, y que Jesús es Dios.

A. María es Madre de Jesús: Mt 1,16; 2,11; Lc 2,37-48; Jn 2,1; Hech 1,14; etc. Además Jesús es presentado como concebido (Lc 1,31) y nacido (Lc 2,7-12) de la Virgen.

B. Jesús es Dios: Jn 1,1-14; Mt 26,63-64; etc. También comprobado por sus milagros hechos en nombre propio (Lc 7,14; Jn 11,43; etc), por la prueba definitiva de su propia resurrección (Mt 28,5-6; etc.), anunciada previamente por Él mismo antes de su muerte (Mt 17,22-23; etc.).

1.2. La definición dogmática

La primera proclamación dogmática oficial de la Maternidad Divina de María aparece con el Concilio de Éfeso (431) que condena en bloque la doctrina herética de Nestorio (+451), monje antioqueno y luego patriarca de Constantinopla hasta su deposición.

Nestorio sostenía que en Cristo no había solamente dos naturalezas sino también dos personas, una humana y otra divina, y por lo tanto María fue Madre de la persona humana y no de la divina, proponiendo el título de la Virgen como *Xristotókos* y no *Theotókos*.

En Éfeso se dio lectura y aprobó la segunda carta de San Cirilo de Alejandría contra Nestorio en donde se deja en claro el tema de la única Persona divina de Cristo bajo las dos naturalezas y por consiguiente la Maternidad Divina de María (Dz 111a).

Más adelante, bajo el pontificado de San León Magno se celebró el Concilio de Calcedonia (451) contra la herejía monofisita de Eutiques, definiendo que en Cristo hay dos naturalezas y una sola Persona o hipóstasis: la Persona divina del Verbo (Dz 148), y también se dejó constancia de la real y verdadera Maternidad Divina de María.

En el Concilio II de Constantinopla (553), celebrado bajo el pontificado del papa Vigilio, se retoman y confirman las declaraciones de Éfeso (Dz 113-114.226-227).

Considerando estos documentos y el proceso histórico se puede decir que la divina maternidad de María fue uno de los dogmas marianos más antiguos confesados por la Iglesia, incluso antes de una definición oficial.

1.3. Razón teológica

La explicación teológica se basa en un principio sencillo: Las madres son madres de la persona de sus hijos, compuesta de alma y cuerpo, aunque ellas proporcionen únicamente la materia del cuerpo, al cual infunde Dios el alma humana, convirtiéndola entonces en persona humana. Pero Cristo no es persona humana, sino persona divina, aunque tenga una naturaleza humana desprovista de personalidad humana, que fue sustituida por la personalidad divina del Verbo en el mismo instante de la concepción de la carne de Jesús (Cf. S.Th. III, Q.33, a.3).

Así, María, concibió realmente y dio a luz a la persona divina de Cristo, única persona que hay en Él, y por consiguiente cabe llamarla Madre de Dios. No es un escollo que María no haya concebido la naturaleza divina en cuanto tal como tampoco las madres conciben el alma de sus hijos sin dejar de ser madres de la persona de ellos. La naturaleza divina subsiste en el Verbo eternamente y, por consiguiente, es anterior a la existencia de la Virgen. María es Madre de Dios porque concibió, según la carne, a la persona divina del Verbo.

Sólo se podría negar que María sea Madre de Dios si la humanidad de Cristo hubiese sido concebida antes de que se efectuase la unión entre ella y el Verbo de Dios o en el caso de que la humanidad de Cristo no hubiese sido tomada por el Verbo de Dios en la unidad de persona o hipóstasis, y estas hipótesis son erróneas, heréticas y condenadas por la Iglesia, la primera sostenida por Fotino y la segunda por Nestorio (Cf. S.Th.III, Q.35, a.1.3.4, Q.33, a.3).

1.4. Consecuencias teológicas

A. La maternidad divina, eleva a la Santísima Virgen al orden hipostático relativo. Esto es consecuencia de la relación esencial e inevitable que hay entre una madre y su verdadero hijo, y como el Hijo de María es el Verbo de Dios encarnado, ella tiene una relación real con Él, con su persona o hipóstasis, aunque de modo relativo.

En las obras de Dios existen tres órdenes:

- a. Natural: Orden de la naturaleza toda.
- b. Sobrenatural: Orden de la gracia y de la gloria.
- c. Hipostático: Orden de la encarnación del Verbo.

María se encuentra incluida de una manera absoluta en los dos primeros y de manera relativa en el tercero, ya que el orden hipostático absoluto pertenece exclusivamente a Cristo porque en Él subsisten las dos naturalezas, humana y divina, bajo una sola hipóstasis o persona: la persona divina del Verbo. Esta característica ubica a la Virgen por sobre todas las demás criaturas en excelencia y dignidad.

B. Aunque la maternidad divina eleva a María al orden hipostático relativo, y en este sentido está muy por encima de todo orden sobrenatural de la gracia y de la gloria, sin embargo, en sí misma no santifica formalmente a la Virgen, aunque lleva consigo la exigencia moral de la gracia y de la gloria en grado muy superior a otra criatura humana o angélica.

La santidad formal consiste en una forma sobrenatural, la gracia santificante, físicamente inherente e intrínsecamente recibida en el alma, y la maternidad divina no es forma intrínsecamente inherente al alma de María, sino una pura relación, relación que existe entre una madre y su hijo, que en sí misma es extrínseca al sujeto y al término.

En lo que toca a la virtud de santificar, una cosa es la maternidad divina y otra la unión hipostática. En la unión hipostática, la humanidad de Cristo, unida al Verbo según su propia subsistencia, no puede ser ajena a la santidad del mismo Verbo. En la maternidad divina, la generación del Verbo según su naturaleza humana, dice sólo una relación real a Dios Hijo, y no puede ser santificada formalmente en el término de su relación, es decir, en la persona de su Hijo, porque María, incluso como Madre de Dios, sigue siendo persona propia, distinta del Hijo de Dios y de las otras divinas personas. Sin embargo la maternidad divina conlleva la exigencia moral de la gracia y de la gloria por sobre cualquier otra criatura humana o angélica, porque el Hijo de María es Dios, y santifica a la Virgen, no con una santidad intrínseca o absoluta, que proviene de la gracia santificante, pero sí con una santidad extrínseca y relativa.

C. En virtud de su maternidad divina, María, contrae una verdadera afinidad y parentesco con Dios. Ella tiene consanguinidad en primer grado de línea recta con el Hijo de Dios según su naturaleza humana, y por esto, contrae una especial relación y parentesco con la naturaleza divina del Hijo y de allí con las tres personas de la Santísima Trinidad.

D. La Santísima Virgen conoció perfectísimamente desde el momento de la anunciación que iba a concebir en sus entrañas virginales al Mesías, Hijo de Dios y Redentor de la humanidad. Esta aseveración sale al cruce de teorías modernistas como la de Karl Adam, que confunden la fe que tenía ciertamente María, con la ignorancia de Aquel que concibió en sus entrañas, y que en realidad le fue perfectamente revelado, anunciado por el ángel, por Santa Isabel, por los Reyes Magos, los pastores y, además tenía toda el profetismo mesiánico veterotestamentario. Las hipótesis de este tipo no son novedosas sino reedición de otras antiguas y condenadas. Erasmo de Rotterdam, en el siglo XVI, sostenía lo mismo y fue rebatido por la Universidad de París en 1526 calificando su opinión como fruto de una “crasa ignorancia de los Evangelios”.

2. La maternidad espiritual

2.1. Fundamento teológico

La maternidad espiritual de María tiene su base fundamental en nuestra incorporación a Cristo. En virtud de la encarnación redentora, el Verbo encarnado en el seno virginal de María queda constituido Cabeza mística de toda la humanidad y la humanidad queda constituida Cuerpo místico suyo. Cristo puede ser considerado como Hombre-Dios, por lo cual tiene un cuerpo físico como todos los demás hombres; y como Redentor del género humano, por lo que tiene un Cuerpo místico, que es la sociedad de todos los que creen en Él (Rm 12,5).

La Virgen Santísima, al engendrar física y naturalmente a Cristo, engendra espiritual y sobrenaturalmente a todos los cristianos, miembros místicos de Cristo. La Cabeza y los miembros místicos son frutos de un mismo seno constituyéndose María, en Madre del Cristo total, aunque de modo diverso: físicamente de la Cabeza y espiritualmente de los miembros.

2.2. La maternidad espiritual y el Magisterio

La maternidad espiritual de María ha sido enseñada expresa y formalmente por el Magisterio de la Iglesia con distintos documentos.

León XIII: Encíclica *Quamquam pluries* (18/8/1889); San Pío X: Encíclica *Ad diem illum* (2/2/1904); Pío IX: Encíclica *Lux veritatis* (25/12/1931). Igualmente otros pontífices hicieron referencia a la maternidad espiritual como Pío XII: Encíclica *Mystici corporis* (29/6/1943) y Juan XXIII. En la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II (Nº61). Paulo VI en el discurso de clausura de la III Sesión del Concilio Vaticano II, en donde proclama a María como Madre de la Iglesia: “...por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su cuerpo místico que es la Iglesia, María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia”. Y más recientemente con Juan Pablo II, sobre todo en la Encíclica “*Redemptoris Mater*” (25/3/1987).

2.3. Dimensión de la maternidad espiritual de María

La real maternidad espiritual de María no tiene un sentido metafórico ni tampoco adoptivo sino un verdadero sentido sobrenatural. De este modo, las palabras de Jesús en la cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y dirigiéndose al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,26), tiene las características de una proclamación solemne y testamentaria del Señor respecto al ejercicio de la maternidad espiritual de su Madre sobre toda la humanidad representada allí por el apóstol San Juan, pero no significa que esa maternidad espiritual tenga solamente características de una adopción, sino que es algo mucho más profundo e íntimo.

Nuestro alumbramiento como hijos espirituales de María comienza en Belén, al dar a luz a Cristo, nuestra Cabeza, pero no se completó de una manera formal y definitiva hasta el Calvario, cuando se consumó de hecho la redención de los hombres por Cristo Redentor. Lo mismo que nuestra regeneración espiritual, iniciada en el misterio de la encarnación, recibió su cumplimiento en el de la redención, así la maternidad espiritual de María, que comenzó en aquel primer misterio se consumó en el segundo.

[Volver Arriba](#)

Santos Padres

San Bernardo

La Virgen Madre

5. A esta ciudad, pues, fue enviado el ángel Gabriel por Dios. ¿A quién? A una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José. ¿Qué virgen es ésta tan respetable que un ángel la saluda? ¿Tan humilde, que está desposada con un artesano? Hermosa es la mezcla de la virginidad y de la humildad; y no poco agrada a Dios aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorna a la humildad. Mas ¿de cuánta veneración, te parece, que será digna aquella cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo parto consagra la virginidad? Oyes hablar de una virgen, oyes hablar de una humildad; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad: aquélla se nos aconseja, ésta nos la mandan; te convidan a aquélla, a ésta te obligan. De aquélla se dice: El que la puede guardar, guárdela; de ésta se dice: El que no se haga como este párvulo, no entrará en el reino de los cielos. De modo que aquélla se premia, como sacrificio voluntario; ésta se exige, como servicio obligatorio. En fin, puedes salvarte sin la virginidad, pero no sin la humildad. Puede agradar la humildad que llora la virginidad perdida; más sin humildad (me atrevo a decirlo) ni aun la virginidad de María hubiera agradado a Dios. ¿Sobre quién descansará mi espíritu, dice el Señor, sino sobre el humilde y manso? Sobre el humilde, dice, no sobre el que es virgen. Con que si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el Espíritu Santo; y, si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud de Él. Porque, ¿cómo pudiera concebir de El sin Él? Es claro, pues, que para que de Él hubiese de concebir., como ella dice: Miró el Señor a la humildad de su sierva mucho más que a la virginidad; y, aunque por la virginidad agradó a Dios, con todo eso, concibió por la humildad. De donde consta que la humildad fue la que hizo agradable su virginidad también.

6. ¿Qué dices, virgen soberbia? María, olvidada de que es virgen, se gloria de la humildad, y tú, menospreciando la humildad, ¿te glorías en tu virginidad? Miró, dice ella, a la humildad de su sierva el Señor. ¿Quién es ella? Una virgen santa, una virgen pura, una virgen devota. ¿Por ventura eres tú más casto que ella? ¿O más devoto? ¿O será tu castidad más agradable a Dios que la de María, para que puedas tú sin humildad agradarle con la tuya, no habiéndole ella, sin esta virtud, agrado con la suya? Finalmente, cuanto más digno de honor eres por el don singular de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo, afeando en ti la hermosura de ella con la mezcla de tu soberbia; y mejor te estaría no ser virgen que hacerte soberbio por la virginidad. No es de todos la virginidad, ciertamente, pero es de muchos menos todavía la humildad acompañada de la virginidad. Pues, si no puedes más que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad, y te basta. Pero si eres virgen y al mismo tiempo humilde, grande eres, cualquiera que seas.

7. Con todo eso, hay en María otra cosa mayor de que te admires, que es la fecundidad junta con la virginidad. Jamás se oyó en los siglos que una mujer fuese madre y virgen juntamente. O si también consideras de quién es madre, ¿adónde te llevará tu admiración sobre su admirable excelencia? ¿Acaso no te llevará hasta llegar a persuadirte que ni admirarlo puedes como merece? ¿Acaso a tu juicio o, más bien, al juicio de la verdad, no será digna de ser ensalzada sobre todos los coros de los ángeles la que tuvo a Dios por hijo suyo? ¿No es María la que confiadamente llama al Dios y Señor de los ángeles hijo suyo, diciéndole: Hijo, ¿cómo has hecho esto con nosotros? ¿Quién de los ángeles se atrevería a esto? Es bastante para ellos y tienen por cosa grande que, siendo espíritus por su creación, han sido hechos y llamados ángeles por gracia, testificando David: El Señor es quien hace ángeles suyos a los espíritus. Pero María, reconociéndose madre de aquella Majestad a quien ellos sirven con reverencia, le llama confiadamente hijo suyo. Ni se desdeña Dios de ser llamado lo que se dignó ser; pues poco después añade el evangelista: Y estaba sujeto a ellos. ¿Quién?, ¿a quiénes? Dios a los hombres. Dios, repito, a quien están sujetos los ángeles, a quien los principados y potestades obedecen, estaba obediente a María, ni sólo a María, sino a José por María. Maravíllate de estas dos cosas, y mira cuál es de mayor admiración, si la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de tal Madre. De ambas partes está el pasmo, de ambas el prodigio: que Dios obedezca a una mujer, humildad es sin ejemplo, y que una mujer tenga autoridad para mandar a Dios, es excelencia sin igual. En alabanza de las vírgenes se canta como cosa singular que siguen al Cordero a cualquiera parte que vaya. ¿Pues de qué alabanzas juzgarás digna a la que también va delante y el Cordero la sigue?

8. Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a observar la voluntad del superior. De tu Autor habla el evangelista y dice: Y estaba sujeto a ellos; sin duda a María y a José. Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla, ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú, anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor? Ojalá que a mí, si llego a tener tales pensamientos, se digne Dios responderme lo que respondió también a su apóstol reprendiéndole: Apártate detrás de mí, Satanás, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios. Puesto que, cuantas veces deseo mandar a los hombres, tantas pretendo ir delante de mí Dios; y entonces verdaderamente ni tengo gusto ni estimación de las cosas que son de Dios, porque del mismo se dijo: Y estaba sujeto a ellos. Si te desdeñas, hombre, de imitar el ejemplo de los hombres, a lo menos no puedes reputar por cosa indecorosa para ti el seguir a tu Autor. Si no puedes seguirle a todas partes adonde Él vaya, síguete al menos con gusto adonde por ti bajó. Quiero decir: si no puedes subir a la altura de la virginidad, sigue siquiera a tu Dios por el camino segurísimo de la humildad, de la cual, si las vírgenes mismas se apartan, ya no seguirán al Cordero en todos sus caminos. Sigue al Cordero el humilde que se manchó, le sigue el virgen soberbio también; pero ni el uno ni el otro a cualquiera parte que vaya; pues ni aquél puede subir a la limpieza del Cordero,

que no tiene mancha, ni éste se digna bajar a la mansedumbre de quien enmudeció paciente, no delante de quien le esquilaba, sino delante de quien le mataba. Sin embargo, más saludable modo de seguirle eligió el pecador en la humildad que el soberbio en la virginidad; pues purifica la humilde satisfacción de aquél su inmundicia, cuando mancha la castidad de éste su soberbia.

9. Dichosa en todo María, a quien ni faltó la humildad ni la virginidad. Singular virginidad la suya, que no violó, sino que honró la fecundidad; no menos ilustre humildad, que no disminuyó, sino que engrandeció su fecunda virginidad; y enteramente incomparable fecundidad, que la virginidad y humildad juntas acompañan. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Maravilla será si, ponderándolas, no dudas cuál juzgarás más digna de tu admiración; es decir, si será más estupenda la fecundidad en una virgen o la integridad en una madre; su dignidad por el fruto de su castísimo seno o su humildad con dignidad tan grande; sino que ya, sin duda, a cada una de estas cosas se deben preferir todas juntas, y es incomparablemente más excelencia y más dicha haberlas tenido todas que precisamente algunas. ¿Y qué maravilla que Dios, a quien leemos y vemos admirable en sus santos, se haya mostrado más maravilloso en su Madre? Venerad, pues, los que os halláis en estado de matrimonio, la integridad y pureza del cuerpo en el cuerpo mortal; admirad también vosotras, vírgenes sagradas, la fecundidad de una virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios; honrad, ángeles santos, a la Madre de vuestro Rey, vosotros que adoráis al Hijo de nuestra Virgen, nuestro Rey y vuestro juntamente, reparador de nuestro linaje y restaurador de vuestra ciudad. A cuya dignidad, pues entre vosotros es tan sublime y tan humilde entre nosotros, sea dada, por vosotros igualmente que por nosotros, la reverencia que se le debe; y a su dignación, el honor y la gloria por todos los siglos. Amén.

SAN BERNARDO, *Sobre la excelencia de la Virgen Madre, I, 5-9*

[Volver Arriba](#)

Aplicación

P. Alfredo Sáenz, S. J.

Santa María, Madre de Dios

Resuenan todavía en nuestros oídos los cantos y villancicos de Navidad. La Iglesia desea que permanezcamos en este ambiente sagrado y navideño dedicando el día de hoy a venerar a María, Madre de Dios. El evangelio nos la presenta junto al pesebre en que reclinó a su Hijo y circundada por los pastores maravillados. San Pablo, en la segunda lectura de hoy, no podía ser más conciso para expresar este misterio: "Cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer". Es la sencillez propia de las cosas grandes. Dios, por así decirlo, retomó en el seno de María su creación original, en ese seno virginal fecundado por el Espíritu Santo, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Así como al comienzo de la historia, el Espíritu reposó sobre las aguas primitivas para suscitar la primera creación, así ahora reposa sobre el seno de María para suscitar la segunda creación o, mejor, al primogénito de la segunda creación.

¡Qué admirable el misterio de la Anunciación en que se consuma la maternidad de María! A la invitación del ángel, María sólo sabe responder: Hágase en mí según tu palabra. Hágase. Palabra que nos recuerda una vez más la primera creación: Hágase el sol, había entonces dicho Dios. Hágase en mi seno el nuevo Sol, el que iluminará a todas las generaciones, a todos los siglos de la historia que hoy comienza.

En la primera creación, luego del pecado, Adán y Eva, en lugar de ser los propagadores de la vida divina, se habían convertido en difusores de la muerte. Pues bien, resuelve Dios, voy a retomar todo; voy a crear un nuevo Adán y una nueva Eva, un hombre-Dios y una virgen purísima. Tal es el gran designio de Dios: un prevaricador fue quien interrumpió la propagación de la vida; un hombre-Dios va a restaurarlo todo. Eva, que significa madre de los que viven, se ha convertido en madre de los muertos; una nueva Eva, María, será la madre verdadera, la corrección de la primera Eva, la madre de los que realmente viven. El nuevo Adán ya no dirigirá a la nueva Eva las terribles palabras de acusación que consigna el Génesis sino que ahora podrá decir a Dios: "La mujer que me diste, me dio del fruto del árbol de la vida y comí; y ha sido más dulce que la miel para mi paladar, porque en él me has dado la vida". En el origen había pecado Adán y había pecado Eva. Ahora el Hijo de Dios se hace hombre, hijo de Adán, y nace de una madre, mujer como Eva. Los dos sexos, que habían cooperado para nuestra muerte, concurren ahora a nuestra salvación.

Así, pues, amados hermanos, el Verbo tomó carne en el seno de la Virgen María. Sí, la sangre de la Virgen contribuyó a la formación de aquel cuerpo divino, tanto que, cuando mecía en sus brazos al Niño Jesús recién nacido, hubiera podido afirmar con verdad lo que el viejo Adán dijo al contemplar a Eva por vez primera: "Tú

eres hueso de mis huesos, carne de mi carne, y sangre de mi sangre". María dio su sangre a su Hijo, esa sangre que luego el Señor derramaría por nuestra redención. Le dio su carne, esa carne que después el Señor ofrecería como alimento en la Eucaristía. María le dio su carne, le dio su sangre; le dio, sobre todo, su fe. De modo que cuando profesamos en el Credo: Nació de Santa María Virgen, no significamos sólo un hecho biológico sino que afirmamos con ello el comienzo de nuestra salvación. Por el "sí" de su fe, por el vacío de la humildad de aquella que se consideró esclava del Señor, María se llenó de Dios, María dio a luz a nuestro Salvador. Por ella el Verbo recibió nuestra carne para salvar nuestra carne. O, como

lo dice magníficamente San Ambrosio: "Recibió de nosotros lo que debía ofrecer por nosotros, para librarnos de lo nuestro y poder darnos lo suyo".

Pero avancemos un paso más. Por el hecho de ser Madre de Dios, María fue constituida Madre nuestra. Desde el instante en que dio su consentimiento al ángel de la Anunciación, desde ese preciso momento María nos llevó de algún modo en su seno. Porque cuando el Verbo se anidó en sus entrañas, en cierta manera todos estuvimos allí contenidos, resumidos en El. Así como fuimos injertados en Adán por la generación carnal, de manera semejante hemos sido recapitulados en Cristo Salvador por la semilla de la regeneración. Nada de extraño: nosotros pertenecemos a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. No es lógico que el cuerpo esté separado de su cabeza. Por eso, según enseña San León Magno, "al honrar el nacimiento del Salvador, honramos nuestro propio nacimiento, puesto que la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano y el nacimiento de la cabeza es el nacimiento de su cuerpo".

¡Tan grande fue la bondad de Dios! Porque la paternidad requiere la maternidad. Donde hay un padre, debe haber una madre. Y Dios, al admitirnos en su familia divina, al querer ser nuestro Padre, quiso darnos también una Madre en el cielo. De ahora en adelante no sólo nos atreveremos a decir: "Padre nuestro que estás en el cielo", sino que también podremos decir con todo derecho: "Madre nuestra que estás en el cielo".

María, Madre de Cristo, es también Madre de los miembros del Cuerpo de Cristo, es decir, Madre del Cristo total, cabeza y miembros. En cuanto madre de los miembros del cuerpo de Cristo, precedió figurativamente a la Iglesia. Pues la Iglesia, como dijimos en otra ocasión, no hace otra cosa que engendrar, a lo largo de los siglos, sucesivas generaciones de cristianos. Digna, por tanto, de todo honor, nuestra santa madre la Iglesia, tan semejante a María, virgen y madre. Es madre porque engendra a hijos, hijos sin número; es virgen, porque no conoce contacto de varón alguno sino de sólo Dios, fecundada por Dios. La maternidad de la Iglesia es, así, semejante a la maternidad de María. Esta fue fecundada por el Espíritu Santo y dio a luz al Verbo encarnado. La Iglesia ofrece sus aguas bautismales, esas aguas sobre las que reposa el Espíritu para hacerlas fecundas y capaces de dar a luz a los nuevos hijos de Dios y de la Iglesia. Esas aguas son el seno de la Iglesia, de esa Iglesia que es madre y que es virgen, de esa Iglesia que es fecunda en su virginidad. Podemos ahora contemplar el misterio de manera panorámica: así como el Espíritu, reposando sobre las aguas primitivas, suscitó la primera creación, y descansando sobre el seno de María, engendró al Hijo de Dios, reposando por tercera vez sobre las aguas bautismales —seno virgen de la Iglesia madre— da a luz en ella a los hijos de Dios.

Nos dice el evangelio que María "conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón". Pidámosle su intercesión para que nos alcance de su Hijo la gracia de ser capaces de penetrar un poco más en la hondura y en la belleza de este misterio inefable. Nunca olvidemos que en el cielo tenemos una Madre sublime, que nos ama con una ternura infinitamente mayor que nuestra madre terrena, y que a la vez se nos ofrece como un camino —el camino más corto— para llegarnos a su Hijo Jesús: a Jesús por María.

Pronto nos vamos a acercar a recibir el Cuerpo de Jesús, ese cuerpo tierno que María acunó entre sus brazos en la cueva de Belén. El Hijo de Dios hubiera querido hacerse carne en cada uno de nosotros. Pero esto era imposible. Y entonces inventó la Eucaristía —¡ese invento de amor hasta el colmo!— para entrar en nuestro interior y hacerse carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, hueso de nuestros huesos. Nuestro cuerpo se parecerá al de María: alojaremos en él al Hijo de Dios. La Eucaristía es la continuación de la Encarnación. Y así como María dio a luz al Cristo terrestre, así en la misa la Iglesia da siempre de nuevo a luz al Cristo eucarístico. Acunemos a Jesús en nuestro interior, dejémosle crecer allí, para que un día podamos decir: Ya no soy yo quien vivo sino que es Cristo el que vive en mí.

SAENZ A., *Palabra y Vida, Ciclo B*, Gladius Buenos Aires 1993, 40-43

[Volver Arriba](#)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

La generosidad de la Madre de Dios

Lc 2, 16-21

Hoy se constata un cierto miedo a los grandes compromisos: se nota este miedo ante el compromiso de contraer matrimonio para toda la vida. Se nota en la escasez de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Ambos implican una entrega de por vida. Se nota en la poca participación en la Iglesia. Nadie se quiere comprometer demasiado.

Se ponen muchas excusas: después no voy a poder cumplir, soy joven, soy viejo, no sirvo para eso, no tengo capacidad.

¿Cuál es en el fondo la falta de entrega, la falta de compromiso? El egoísmo, el amor propio, la falta de generosidad. El egoísmo lleva a fundar todas las actividades y compromisos en las propias fuerzas y a olvidar que es Dios el que obra en mí y por mí cuando lo dejo.

María fue una jovencita virgen. Había consagrado a Dios su virginidad perpetuamente. A esta jovencita la llamó Dios para ser su Madre. ¡Menudo compromiso, menuda vocación! Y respondió que sí, que quería lo que Dios le pedía.

¿En qué se funda esta respuesta, esta entrega de por vida? Se funda en el abandono en Dios y en el olvido de las propias fuerzas. “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”... “¡Feliz la que ha creído!”... “Porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava”...“Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso”.

No es el compromiso ofrecido por el cura, por el responsable del grupo, por el papá, la mamá, etc., algo caprichoso. Detrás de cada llamada a servir a Dios y al prójimo está el mismo Dios que llama por las causas segundas y si Dios llama va a dar todo lo necesario para que el llamado haga lo que El quiere. Sólo quiere la respuesta libre y positiva del elegido. Él es el que lo elige y lo llama y quiere realizar ciertas obras por él y no por otro.

El comienzo de la obra es de Dios y su cumplimiento es obra de Él primariamente, pero quiere el sí de la libertad humana.

¡Qué sabe ese joven que le ha dicho sí al Señor si no ha vivido la vida! ¡Qué sabe la niña María para ser madre! ¡Y qué sabe para ser Madre de Dios! Sabe que no puede ser madre porque no conoce varón y pregunta al ángel cómo será, sabe que para Dios nada es imposible y sobre todo sabe lo que es la humildad. Sabe que la santidad está en el abandono en Dios y sabe que su gracia es don de Dios lo mismo que su vocación y su respuesta. Sabe que en su pequeñez tiene que dar una respuesta libre, que Dios espera su respuesta afirmativa para poder encarnarse y que sin ella no podrá.

María sabe lo que tiene que saber, lo único necesario, su absoluta dependencia de Dios y la manifiesta en su respuesta “hágase”.

María con su abandono derrite las frías tentaciones de futuro, moviliza la parálisis del desánimo y la pereza, irradia su ser para servir a Dios y a los hombres descentrando el egoísmo.

¿Por qué tienes miedo cristiano de entregarte más? ¿Por qué no quieres comprometer tu vida dándote en amor a Dios y al prójimo? ¿No ves el ejemplo de tu Madre?

Y si temes pide a tu Madre, que es la Madre del que *todo lo puede*, que te aliente y te de fuerzas. Ella es la omnipotencia suplicante porque es Madre del Todopoderoso.

Si temes confíate a Ella, que Ella te enseñará a confiarte en Dios, “haced lo que él os diga”^[1].

¿Por qué dejarnos encadenar de miedos? “No temas”, le dijo el ángel a María. ¿Qué nos faltará si tenemos el amor de Cristo? Si Dios nos llama nos dará todo lo necesario para cumplir con nuestra vocación. No temamos decirle sí al Señor. Muchas veces nos llama, estemos atentos y sigamos su llamado como María, en un abandono absoluto en Él.

[Volver Arriba](#)

Instituto del Verbo Encarnado
Provincia Nuestra Señora de Luján, Argentina
E- mail: homiletica@iveargentina.org
homiletica.ive@gmail.com
Sitio Web: www.iveargentina.org

[1]
Jn 2, 5